

# NORA ROBERTS

Bahía de Chesapeake, III



UN PUERTO  
DE ABRIGO

Tras la muerte de su padre, Phillip, el tercero de los hijos adoptivos de los Quinn, no le queda más remedio que sacrificar parte de su apretada y cosmopolita vida de soltero por sus hermanos: Cam, Ethan y, en especial, Seth, un muchacho, como en su día lo fue él, castigado por el odio y la violencia.

En el pequeño pueblo de St Chris, entre barcos, cangrejos y obligaciones familiares, Phillip descubrirá una vida nueva llena de pequeños placeres y a Sybill, una mujer misteriosa cuyo pasado y cuyos secretos tienen mucho que ver con los Quinn. Una mujer hermosa y fuerte pese a su aparente fragilidad, con la que Phillip se atreverá a soñar, a compartir y, tal vez, a amar para siempre.

Para Elaine y Beth, dos hermanas muy unidas,  
aunque no quisieran cantar y ponerse organdí azul.

NORA ROBERTS

## Prólogo

Phillip Quinn murió a los trece años. El personal del servicio de urgencias del hospital municipal de Baltimore, mal pagado y con exceso de trabajo, lo había trasladado en menos de noventa segundos, por lo que no llevaba mucho tiempo muerto.

Para él, era tiempo más que de sobra.

Lo mataron dos balas del calibre 25 disparadas desde la ventanilla de un Toyota Celica robado. El dedo que apretó el gatillo era de un íntimo amigo suyo; al menos tan íntimo como se puede ser de un ladrón de trece años en las peligrosas calles de Baltimore.

Las balas no le acertaron en el corazón, pero por poco. Sin embargo, al cabo de los años, a Phillip le pareció que fue por bastante.

El corazón, joven, fuerte aunque lamentablemente agotado, siguió latiendo mientras él estaba tumbado y desangrándose sobre condones usados y frascos de crack en el repugnante bordillo de la esquina de Fayette y Paca.

El dolor era brutal, como si unos carámbanos ardientes y penetrantes se le clavarán en el pecho; un dolor también desdeñoso que le negaba el alivio de la inconsciencia. Permaneció despierto y consciente mientras oía los gritos de las otras víctimas o de los testigos, los chirridos de los frenazos, las aceleraciones de los motores y su respiración entrecortada y anhelante.

Acababa de pasar un pequeño botín de objetos electrónicos que había robado en una tienda a menos de cuatro manzanas de allí. Tenía doscientos cincuenta dólares en el bolsillo y se había pavoneado para hacerse con un poco de marihuana que le ayudase a pasar la noche. Acababa de salir de pasar noventa días en un correccional de menores por otro robo que no le había salido tan bien, así que estaba fuera de onda y sin blanca.

Al parecer, la suerte tampoco le había acompañado esa vez.

Al cabo del tiempo, recordó haber pensado: «Mierda, mierda, ¡cómo duele!», pero no conseguía pensar en otra cosa. Lo habían pillado en medio y lo sabía. Las balas no eran para él. Había llegado a ver los colores de la banda en ese instante congelado que pasó antes de que dispararan. Eran sus propios colores, los colores de la banda en la que había entrado, la banda que merodeaba por las calles y callejones de la ciudad.

Si no se hubiera apartado del sistema, él no habría estado en esa esquina en ese momento. Le habrían dicho que no se metiera en líos y no estaría tirado en un charco de sangre con la mirada clavada en la boca de la alcantarilla.

Hubo un destello de luces azules, rojas y blancas. El aullido de las sirenas se abrió paso entre los gritos de la gente. Policías. Su primer impulso fue echar a correr, a pesar del dolor que le nublaban las ideas. En su cabeza, se levantó de un salto y se perdió entre las sombras con agilidad y astucia callejera. Sin embargo, sólo el pensarlo le empapó el rostro con un sudor frío.

Notó una mano en el hombro y unos dedos le tantearon hasta encontrar el casi inapreciable pulso en el cuello.

—Respira. Que venga una ambulancia de urgencias.

Alguien le dio la vuelta. El dolor era indescriptible, pero no pudo soltar el grito que le abrumaba por dentro. Vio unas caras que se inclinaban sobre él; los ojos implacables de un policía y los fríos de un médico. Las luces azules, ro-

jas y blancas le abrasaban los ojos. Alguien sollozó penetrantemente.

—Aguanta, no te largues, muchacho.

¿Por qué? Quiso preguntar por qué. Quedarse le dolía mucho. Nunca escaparía como una vez se había prometido hacer. La poca vida que le quedaba estaba desapareciendo, teñida de rojo, por la alcantarilla. Lo que tenía delante era espantoso. Sólo le quedaba dolor.

¿Qué sentido tenía?

Se largó un rato, se sumergió en el dolor, donde el mundo era igual de oscuro y de un rojo sucio. De algún sitio, lejos de su mundo, le llegaron el estruendo de las sirenas, la presión en el pecho y la velocidad de la ambulancia.

Otra vez las luces, blancas y brillantes, que le quemaban los párpados cerrados mientras flotaba en el aire entre voces que gritaban a su alrededor.

—Heridas de bala en el pecho. Presión, ochenta, cincuenta y bajando, pulso débil y rápido. Entrada y salida. Las pupilas están bien. Comprobar el grupo sanguíneo. Radiografías. A la de tres. Uno, dos y tres.

El cuerpo subió y volvió a bajar. Dejó de preocuparse. Hasta el rojo sucio estaba poniéndose gris. Un tubo le entraba por la garganta y ni siquiera hizo el esfuerzo de expulsarlo con una tos. Casi ni lo notaba. Casi no notaba nada y se lo agradeció a Dios.

—La presión sigue bajando. Lo perdemos.

Él pensó que hacía mucho tiempo que estaba perdido.

Los observó con bastante poco interés. Era media docena de personas con batas verdes alrededor de un chico alto y rubio que estaba tumbado en una mesa. Había sangre por todos lados. Se dio cuenta de que era su sangre. Estaba en la mesa de operaciones con el pecho abierto. Se miró a sí mismo con cierta lástima e indiferencia. Ya no sentía dolor y el sereno alivio hizo que estuviera a punto de son-

reír. Se elevó hasta que la escena se convirtió en un difuso brillo nacarado y los sonidos eran ecos lejanos.

Entonces, el dolor lo atravesó y sintió un sobresalto que hizo que se retorciera. Su intento de alejarse fue breve e inútil. Volvía a estar en su cuerpo, volvía a sentir, volvía a estar perdido.

Lo siguiente que supo fue que estaba sumido en un aturdimiento fruto de los fármacos. Alguien roncaba. La cama era estrecha y dura. Un destello se coló por el panel de cristal con marcas de dedos. Las máquinas zumbaban y succionaban monótonamente. Se dio la vuelta para escapar de los ruidos.

Pasó dos días en la cuerda floja. Le dijeron que había tenido mucha suerte. Había una enfermera muy guapa con ojos cansados y un médico con el cabello gris y los labios finos. No estaba preparado para creerlos, no podía creerlos cuando estaba tan débil que ni siquiera podía levantar la cabeza, no podía creerlos cuando el dolor más espantoso lo invadía cada dos horas con la precisión de un reloj.

Los policías entraron cuando estaba despierto y la morfina le había amortiguado el dolor. Supo que eran policías nada más verlos. No estaba tan atontado como para no reconocer los andares, los zapatos y la mirada. No necesitaba la identificación que le enseñaron.

—¿Tiene tabaco?

Se lo preguntaba a todo el que veía. Necesitaba un poco de nicotina aunque no creía que pudiera absorber el humo de un cigarrillo.

—Eres demasiado joven para fumar.

El primer policía le sonrió como si fuera su tío y se colocó en un costado de la cama.

Phillip, cansinamente, pensó que ése era el poli bueno.

—Cada minuto que pasa soy más viejo.

—Tienes suerte de estar vivo.

El segundo policía mantuvo el gesto implacable y sacó un bloc de notas.

Phillip decidió que ése era el poli malo. Casi le divertía la situación.

—No dejan de repetírmelo. ¿Qué demonios ha pasado?

—Dínoslo tú...

El poli malo apoyó el lápiz en el bloc.

—Me pegaron un tiro de mierda.

—¿Qué hacías en la calle?

—Creo que iba a casa —ya había decidido cómo plantearlo y mantuvo los ojos cerrados—. No lo recuerdo exactamente. Había ido... ¿al cine?

Le dio un tono interrogativo mientras abría los ojos. Sabía que el policía malo no iba a tragárselo, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Qué película viste? ¿Con quién fuiste?

—Mire, no lo sé. Todo es un barullo. Iba andando y de repente estaba tumbado boca abajo.

—Cuéntanos lo que recuerdes. —El policía bueno le puso una mano en el hombro—. Tómalo con calma.

—Todo pasó muy deprisa. Oí disparos..., tuvieron que ser disparos. Alguien gritó y fue como si algo explotara dentro de mi pecho.

Eso se parecía bastante a la verdad.

—¿Viste un coche? ¿Viste quién hizo los disparos?

Tenía las dos cosas grabadas a fuego en el cerebro.

—Creo que vi un coche... negro. Fue un destello.

—Tú eres de los Flames.

Phillip desvió la mirada hacia el policía malo.

—A veces voy con ellos.

—Los otros tres cuerpos que encontramos tirados en la calle eran de los Tribe. Ellos no tuvieron tanta suerte como tú. Los Flames y los Tribe se tienen muchas ganas.

—Eso dicen.

—Te metieron dos balas, Phil. —El policía bueno hizo un gesto de preocupación—. Si llegan a darte un centímetro más allá, hacia cualquier lado, habrías muerto antes de tocar el suelo. Pareces un chico listo y los chicos listos no se



engañan creyendo que tienen que ser leales a unos gilipollas.

—No vi nada.

No era lealtad, era supervivencia. Si cantaba, era hombre muerto.

—Tenías más de doscientos dólares en la cartera.

Phillip se encogió de hombros, pero se arrepintió al sentir un dolor de mil demonios.

—¿Sí...? Bueno, entonces podré pagar la factura de los días que he pasado aquí en el Hilton.

—No te hagas el listo conmigo, mocoso —dijo el policía malo inclinándose sobre la cama—. Todos los días me las veo con capullos como tú. No te conviertes en un marginado veinte horas antes de acabar sangrando con la cara medida en la boca de una alcantarilla.

Phillip ni se inmutó.

—¿He violado la condicional porque me han pegado un tiro?

—¿De dónde has sacado el dinero?

—No me acuerdo.

—¿Fuiste a trapichear?

—¿Me encontrasteis drogas encima?

—Es posible. No te acordarías, ¿verdad?

Phillip se dijo que tenía razón.

—La verdad es que no me vendrían nada mal ahora.

—Tranquilo. —El policía bueno se movió con cierta inquietud—. Mira, hijo, si colaboras, nosotros nos portaremos bien contigo. Llevas bastante tiempo entrando y saliendo del sistema y sabes cómo funciona.

Si el sistema funcionara, él no estaría aquí. No podía hacer nada por él que no hubieran hecho ya. Por el amor de Dios, si hubiera sabido que se estaba cociendo algo, no habría estado allí.

Un repentino tumulto en el vestíbulo distrajo a los policías. Phillip se limitó a cerrar los ojos. Había reconocido la voz que gritaba con una furia reconcentrada.

Lo único que pensó Phillip fue que estaba colocada. Ella irrumpió en la habitación, y entonces él abrió los ojos y comprobó que había acertado de pleno.

También comprobó que se había vestido para la ocasión. Se había cardado el pelo amarillo y se había maquillado a conciencia. Debajo de todo aquello, podría ser una mujer guapa, aunque la máscara era casi impenetrable. Tenía un cuerpo bonito, pero era con lo que trabajaba. Las mujeres que se desnudaban en *striptease* y que se pluriempleaban como pelanduscas necesitaban un buen envoltorio. Se había embutido en un top y unos vaqueros y se abrió paso hasta la cama sobre unos tacones de diez centímetros.

—¿Quién coño crees que va a pagar todo esto? Sólo das problemas.

—Hola, mamá, yo también me alegro de verte.

—No seas impertinente. Han venido unos polis a casa por tu culpa. —Miró de soslayo a los hombres que había a los lados de la cama y, al igual que su hijo, supo que eran policías—. Tiene casi catorce años. No quiero saber nada de él. Ésta vez, no va a volver conmigo. No me da la gana de tener a la poli y a los asistentes sociales encima de mí todo el día.

Se zafó de la enfermera que la tenía agarrada del brazo y se inclinó sobre la cama.

—¿Por qué coño no te has muerto?

—No lo sé —contestó Phillip sin parpadear—. Lo he intentado.

—Siempre has sido un desastre —bufó cuando el poli bueno la apartó un poco—. Un desastre. Que no se te ocurra venir por casa cuando salgas de aquí —gritó mientras la sacaban de la habitación—. No quiero saber nada de ti.

Phillip esperó y la oyó maldecir, gritar y pedir documentos para echarlo de su vida. Luego, miró al policía malo.

—¿Cree que puede asustarme? Ésta es mi vida y no hay nada peor que esta vida.

Dos días después, unos desconocidos entraron en la habitación. El hombre era enorme, tenía los ojos azules y una cara muy ancha. La mujer tenía un moño pelirrojo y medio deshecho en la nuca y la cara llena de pecas. Ella agarró el historial de Phillip de los pies de la cama, le echó una ojeada, y le dio unos golpecitos con la palma de la mano.

—Hola, Phillip. Soy la doctora Stella Quinn. Él es mi marido, Ray.

—¿Y?

Ray acercó una silla a la cama y se sentó con un suspiro de placer. Ladeó la cabeza y miró un momento a Phillip.

—Te has metido en un buen lío, ¿verdad? ¿Quieres salir de él?

## 1

Phillip se aflojó el nudo de la corbata de Fendi. El viaje de Baltimore a la costa este de Maryland era bastante largo y lo había tenido en cuenta al programar el CD. Empezó con algo suave de Tom Petty y los Heartbreakers.

El tráfico de ese jueves por la tarde era tan malo como habían dicho las predicciones y todavía era peor por la llovizna y los mirones que no podían evitar echar una ojeada, entre fascinada y asombrada, a un accidente de coches en la circunvalación de Baltimore.

Cuando enfiló la entrada de la autopista 50, ni las canciones más clásicas de los Rolling Stones podían levantarle el ánimo.

Se había llevado trabajo y durante el fin de semana tendría que buscar un hueco para los neumáticos Myrestone. Querían un planteamiento nuevo de la campaña publicitaria. Los neumáticos felices hacen felices a los conductores, pensó Phillip mientras tamborileaba con los dedos al ritmo de la guitarra desgarrada de Keith Richards.

Eso era una majadería, se dijo. Nadie era feliz cuando conducía en hora punta; llevara los neumáticos que llevara.

Sin embargo, se le había ocurrido algo para que los conductores que llevaran neumáticos Myrestone creyeran que eran felices y sexys, además de ir seguros. Era su trabajo y le gustaba.

Le gustaba tanto que hacía malabarismos con cuatro cuentas importantes, supervisaba otras seis más pequeñas

y parecía que nunca soltaba una gota de sudor por los elegantes pasillos de Innovations, la próspera empresa de publicidad para la que trabajaba. La empresa que exigía que sus ejecutivos fueran creativos, entusiastas y, además, tuvieran estilo.

No le pagaban para que sudara.

Estaba solo, pero eso era otro asunto.

Sabía que llevaba meses trabajando como un verdadero mulo. Gracias a un revés del destino, había pasado de vivir para Phillip Quinn a preguntarse qué había sido de su vida urbana y feliz en la que cada día ascendía más en la escala social.

Su padre había muerto hacía seis meses y su vida había dado un vuelco; la vida que Ray y Stella Quinn habían enderezado hacía diecisiete años cuando entraron en aquella sórdida habitación del hospital y le ofrecieron una oportunidad y una alternativa. Aceptó la oportunidad porque fue suficientemente listo como para saber que no tenía otra alternativa.

Volver a las calles ya no era tan atractivo después de que le hubieran agujereado el pecho. Ya ni se planteaba la posibilidad de volver a vivir con su madre, aunque ella hubiera cambiado de opinión y le hubiera dejado entrar en su destartalado apartamento. Los servicios sociales miraban con lupa su situación y sabía que se lo tragarían en cuanto pusiera un pie en la calle.

No estaba dispuesto a volver con los servicios sociales, ni con su madre, ni a la alcantarilla. Lo había decidido. Notaba que lo único que necesitaba era un poco de tiempo para trazar un plan.

En aquel momento, el tiempo pasaba entre los efluvios de unas drogas deliciosas, fármacos lo llamaban otros, que no había tenido que comprar ni robar, pero no se imaginó que sus pequeñas ventajas durarían para siempre.

El Demerol le recorría todo el organismo, miró con sus ojos astutos a los Quinn y los clasificó como una pareja ex-

travagante de benefactores. Para él era perfecto. Querían ser unos samaritanos y ofrecerle un sitio donde quedarse hasta que estuviera al cien por cien; todos contentos.

Le dijeron que tenían una casa en la costa éste, lo cual, para un chico de barrio, era el otro extremo del mundo. Sin embargo, pensó que cambiar de aires no le haría ningún daño. Tenían dos hijos aproximadamente de su edad. Phillip decidió que no tendría que preocuparse por dos niños criados por unos buenazos.

Le dijeron que tenían sus normas y que la educación era prioritaria. El colegio tampoco le preocupaba. No se lo pensó mucho.

—Nada de drogas.

Stella lo dijo con un tono gélido que hizo que Phillip cambiara su opinión sobre ella.

—No, señora —replicó él con su expresión más angelical.

Sabía que si quería meterse algo, encontraría la forma aunque fuera en un coñazo de pueblo de la bahía.

Stella se inclinó sobre la cama con unos ojos penetrantes y una sonrisa casi imperceptible.

—Tienes una cara que parece sacada de un cuadro renacentista, pero no por eso eres menos ladrón, holgazán y mentiroso. Te ayudaremos si quieres que te ayudemos, pero no nos trates como si fuéramos imbéciles.

Ray soltó una carcajada estruendosa y estrechó entre sus brazos los hombros de Stella y de Phillip. Phillip recordó que entonces se había dicho que verlos darse de cabezazos durante una temporada iba a ser un placer único en el mundo.

Volvieron varias veces durante las dos semanas siguientes. Phillip habló con ellos y con la asistente social, que había sido más fácil de persuadir que los Quinn.

Al final se lo llevaron a casa, a la preciosa casa a orillas del mar. Conoció a sus hijos, Cameron y Ethan, y analizó la

situación. Cuando se enteró de que los habían recogido como a él, se convenció de que estaban como cabras.

Pensó que aprovecharía el tiempo. Para ser una doctora y un catedrático de universidad, no habían acumulado demasiadas cosas que merecieran la pena robarse, pero se fijó bien en todo lo que había.

En vez de robarles, se enamoró de ellos. Adoptó su apellido y pasó los diez años siguientes en la casa a orillas del mar.

Stella murió y con ella se fue parte de su vida. Se había convertido en la madre que nunca había creído que existiera. Firme, fuerte, cariñosa y penetrante. La lloró y fue la primera pérdida verdadera de su vida. Enterró parte de su dolor en el trabajo. Pasó por la universidad y se puso como meta el éxito y un lustre de sofisticación, además de un puesto de principiante en Innovations.

No pensaba quedarse abajo durante mucho tiempo.

Entrar en Innovations, en Baltimore, era un pequeño triunfo personal. Volvía a la ciudad de sus desdichas, pero volvía como un hombre refinado. Nadie que lo viera con su traje hecho a medida podría adivinar que había sido un ladrón de poca monta, un traficante de drogas ocasional y un prostituto circunstancial.

Todo lo que había conseguido durante los últimos diecisiete años partía del momento en que Ray y Stella Quinn entraron en su habitación del hospital.

Un día, Ray murió y lo dejó sumido en unas sombras que no se habían disipado. El hombre al que había querido como solamente un hijo puede querer a su padre se había matado al estrellarse con su coche contra un poste de teléfono, a plena luz del día y a toda velocidad.

Otra habitación de hospital. Ésa vez era el poderoso Quinn quien estaba destrozado en la cama y rodeado de aparatos zumbantes. Phillip y sus hermanos habían prometido ocuparse del último de los descarriados de Ray Quinn.